

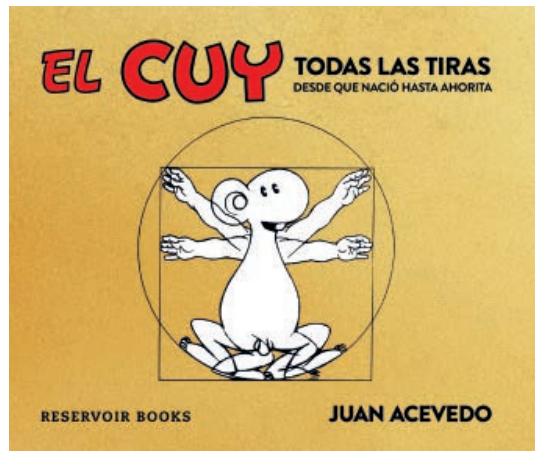
Carlos Tovar “Carlín”

Artista gráfico
carlintovarperu@gmail.com
Lima-Perú**CUY ORIGINAL PERUANO**

Juan Acevedo

EL CUY. TODAS LAS TIRASLima: Reservoir Books, 2023, 612 pp.
ISBN 9786124267253

Se dice que la década de 1950 fue una época de oro del periodismo peruano. Quienes por entonces éramos niños, por supuesto, no nos dábamos cuenta de ello, pero hoy la miramos con nostalgia, la misma nostalgia que se respira desde las primeras páginas de *Conversación en La Catedral*, la formidable novela de Mario Vargas Llosa, cuyo protagonista es, precisamente, un periodista de esos años.



Un lujo que nos gastamos en esa época dorada fue que se publicaban en los diarios varias tiras cómicas peruanas, entre las que recordamos especialmente a *Sampietri*, de Julio Fairlie, y *Serrucho*, de David Málaga. En eso estábamos a la par con Argentina, donde descollaban virtuosos humoristas como el genial Divito, creador de *Fulmine* y de *El otro yo del doctor Merengue*, y Lino Palacio, autor de *Ramona* y *Don Fulgencio*.

Pero los personajes de esa época, con todo lo chispeantes y pintorescos que fueron, tenían un perfil que, a falta de mejor calificativo, podríamos llamar «unidimensional», prestándonos ese término del filósofo Herbert Marcuse. Cada uno de ellos destacaba por una característica especial, que daba pie a las situaciones jocosas cotidianas. *Serrucho* era el migrante andino afincado en la capital, que tras el chullo y el poncho escondía, sin embargo, una sagacidad que sorprendía a los ciudadanos. *Sampietri*, por su parte, era el arquetipo de la proverbial «viveza criolla».

Eso cambió en los años sesenta y setenta, con la llegada de tiras como *Charlie Brown*, de Charles Schulz, y *Mafalda*, de Quino, que nos trajeron personajes de mayor relieve, rasgos psicológicos sutiles y complejos, con el añadido de una visión más crítica de la sociedad, todo lo cual contribuyó a forjar un público de expectativas más exigentes.

En el Perú, sin embargo, la crisis económica puso fin a la época dorada, y los espacios para dibujantes nacionales se fueron restringiendo en los diarios, que optaron por contratar paquetes de tiras cómicas internacionales, cuyos bajos precios arrasaron con el mercado. De manera que las exigencias del público, así como las condiciones del mercado, eran

mucho más severas cuando, a fines de los setenta, Juan Acevedo Fernández de Paredes se impuso la tarea de crear un personaje que representase a los países andinos y que, según sus propias palabras, «se vieran en él y en otros personajes de la tira».

El Cuy, como vino a llamarse la creación de Juan, respondía a la nueva época que, como dijimos, exigía complejidad. Es, según su autor, «un personaje comprometido», pero eso no lo confina a la política, puesto que también muestra su fuero íntimo, con «sentimientos, deseos, sueños y temores» que lo enriquecen, lo sacuden y, eventualmente, lo confunden o le despiertan la conciencia.

El historiador Nelson Manrique confirma esta apreciación cuando dice: «El Cuy es un personaje complejo que tiene de Quijote pero también de Sancho: simpático, soñador, carismático, idealista, honrado, pero también engreído, narcisista, amante de la figuración (...) Un personaje, en suma, de su tiempo». El recordado Carlos Iván Degregori va un poco más allá cuando sostiene que «el Cuy resulta la autobiografía colectiva de su generación». Se refiere, por cierto, a la llamada generación del 68, en cuyas filas nos contamos.

Si bien el Cuy responde, como dijimos, a una nueva época en la historieta internacional, eso no quita que sea también, como su autor lo quería, una tira original «y» peruana. Con esa «y» quiero recalcar que es ambas cosas. No es solo que sea original, en el sentido de que es distinta de las demás de su época, sino que está sustancialmente vinculada al Perú y profundamente marcada por este país.

Si tomamos el año 1997 como fecha de nacimiento del Cuy (aunque no se publicó, como Juan nos cuenta, hasta 1999), resulta que nuestro personaje tiene actualmente 46 años de vida, divididos en dos mitades exactas de 23 años, transcurridas, la primera de ellas, en el siglo XX, y la segunda, en el siglo XXI, circunstancia que lo coloca a caballo, no solo entre dos siglos, sino (inada menos!) entre dos milenios. Esto ya lo diferencia de sus predecesoras *Mafalda* y *Charlie Brown*, afincadas claramente en los linderos del siglo XX.

Pero Mafalda y sus amigos, como Charlie Brown y los suyos, no dejaron de ser niños a pesar de que pasaran muchos años, cosa que también ocurría con los chicos de *La Pequeña Lulú* o los sobrinos del pato Donald. Es una convención corriente en las tiras cómicas que el tiempo no pase para sus personajes, o que, en el peor de los casos, transcurra más lento que en la vida real. Pues bien, con el Cuy ocurre todo lo contrario: el tiempo, para él, pasa más rápido que para nosotros, sus lectores. En las tiras de su primera etapa, cuando Humberto todavía no era un perro, ya nuestro personaje estaba enamorado de la Pericotita. Tan pronto como en 1980, fue padre de cuatro críos y, como si eso fuera poco, en 2008, a sus escasos 31 años, ya era abuelo.

Esa precipitación de los acontecimientos, que podría desconcertar a lectores de otras latitudes, tal vez no deba sorprendernos a nosotros, que nos hemos dado el lujo de tener seis presidentes de la República en cinco años recientes. Más aún si consideramos que el Cuy nace en una época especialmente convulsionada dentro de la ya bastante turbulenta existencia de la nación. Teníamos, por un lado, crisis económica, que derivó en una hiperinflación de padre y señor mío, junto con corrupción y desgobierno. Por otro lado, estaba nada menos que la violencia terrorista de Sendero Luminoso, que recibió una no menos violenta respuesta de parte del Estado, todo lo cual se tradujo en decenas de miles de víctimas, especialmente en las sufridas poblaciones de la serranía.

Las tiras cómicas suelen generar sus propios mundos y establecer dentro de los mismos sus propias leyes. No están obligadas a dar cuenta de los acontecimientos de la vida real, como sí lo están los periódicos, la radio o la televisión. Juan Acevedo pudo haber elegido, a pesar de la dramática realidad que lo circundaba, desarrollar una tira de ficción que no aludiera a la dolorosa situación reinante, o que la refiriera de manera sutil o metafórica solamente. Pero Juanito, con el alma noble y sensible que le conocemos quienes tenemos la fortuna de

ser sus amigos, eligió el camino, sin duda más difícil, de encarar todo lo que pasaba, y así zarpó la pequeña y valiente embarcación del Cuy, adentrándose en la tormenta.

No recuerdo haber visto en ninguna parte una tira cómica que estuviera tan atravesada y zarandeada por los acontecimientos de la realidad como lo ha sido siempre *El Cuy*. Por sus páginas han pasado las vicisitudes políticas de la izquierda, con sus ideologizadas y erizadas discusiones de siempre; las contiendas con la derecha, los poderes fácticos y el militarismo golpista; los bombazos de Sendero Luminoso, las balas y la sangre, mostrado todo ello sin tapujos de ninguna clase; personajes de la vida real, como Alfonso Barrantes, Fray Martín de Porres, Cristóbal Colón o el mismo papa Juan XXIII, pueden aparecer de repente en cualquier viñeta; hasta la muerte aparece como personaje de carne y hueso (más bien, solo de hueso), acompañando la tragedia de la época del terror, y luego, nuevamente, los dolorosos años de la pandemia de la COVID-19. En pocas palabras, y parafraseando a Terencio, «nada de lo peruano le es ajeno».

Pero la originalidad y peruanidad de *El Cuy* no se limitan al contenido. Tormentosa como es la época, lo ha sido también la forma de la tira. En cierto momento, la mitad de debajo de las viñetas es intervenida por fuerzas represivas de Videchet, y la tira queda dividida en la mitad de arriba y la mitad de abajo. Pero luego la cosa se agrava y se divide en tres partes, hasta que, afortunadamente, el Cuy y sus amigos logran recuperar sus dominios. En otro momento, doña Rancia y sus amigos de derecha empiezan a desdibujar la tira. Las viñetas ya no son rectangulares, los bordes son gelatinosos y adoptan la forma de burbujas, y el Cuy queda atrapado en ellas. Más adelante, el Cuy parece perder la conciencia, las viñetas se vuelven negras, y nuestro personaje despierta en un mundo de alucinaciones y absurdo surrealista.

Como si tantas vicisitudes fueran pocas, la propia existencia de la tira ha sido azarosa. Luego de su primera etapa en la revista *La Calle*, el Cuy, con Humberto ya convertido en perro, apareció en *El Diario de Marka*, en la que fue su etapa más estable, por más de setecientas tiras. Pero Juan, hombre de principios y conciencia firme, como sabemos, renunció a ese espacio cuando sacaron del periódico al equipo del suplemento cultural *El Caballo Rojo*, que dirigía el laureado poeta Antonio Cisneros, y que era, junto con Juan, de lo mejor que tenía ese diario.

Comenzó entonces lo que Juan llama su «tiempo de peregrinación», que más parece de viacrucis. Pasó brevemente por el diario *El Observador*, la revista *Signos*, el diario *La Razón*, la revista *Sí*, la revista *L'Imaginaire* y el suplemento *El Ojo Ciudadano* del diario *El Comercio*. Es una paradoja que la que probablemente sea la tira más comprometida con la realidad peruana que se haya producido jamás, no haya sido acogida en un espacio estable de su país de origen, a pesar de merecerlo sobradamente. Pero tal incongruencia viene a ser, si lo pensamos bien, otra manifestación, aunque vergonzosa en este caso, de típica peruanidad, la misma que sufrieron, en su momento, Mercedes Cabello, Vallejo y tantos otros.

La llegada de la Internet trajo para el Cuy, afortunadamente, la posibilidad de disponer de un espacio propio e independiente, primero con el blog *El Diario del Cuy*, y luego con su muro de Facebook, en plena cuarentena. No queda sino rendir a homenaje a la resiliencia y al talento de Juan, que ya parece inagotable, y agradecerle por este extenso y profundo retrato y testimonio de nuestra realidad, pintado por estos personajes, a la vez tiernos y combativos, que nos sigue regalando. ¡Larga vida al Cuy!

Lima, 20 de noviembre de 2023